La Comédiathèque



El infierno son los vecinos

Jean-Pierre Martinez

comediatheque.net

Este texto puede leerse y descargarse gratuitamente.
Toda representación pública, profesional o amateur, incluso gratuita, requiere autorización previa y el pago de los correspondientes derechos de autor. Solicitar autorización:
https://jeanpierremartinez.net/es/contacto/

El infierno son los vecinos

Jean-Pierre Martinez

Álex acaba de heredar un magnífico piso en un elegante barrio de París. Se lo ha dejado una anciana tía cuya existencia desconocía. Va a visitarlo con Clara, su pareja. Pero los secretos de familia son como los cadáveres: tarde o temprano acaban saliendo a la superficie...

14 personajes
Álex, editor literario
Clara, profesora de inglés
Señora Sánchez, portera
Señora Martin, presidenta de la comunidad
Doctora Bernard, médica
Señor Petit, abogado
Sam, prostituta o travesti
Coronel Leroy, oficial de caballería
Padre Dessaint, sacerdote apartado de la Iglesia
Baronesa de la Cour
Señora Zarbi, psicoanalista
Ángela, pintora
Señor Crampon, agente de seguros
Señora Crampon, su esposa

Reparto orientativo: 5 hombres y 9 mujeres
Numerosos papeles pueden interpretarse indistintamente por hombres o mujeres, de modo que las combinaciones posibles son muy variadas:
3H/11M, 4H/10M, 5H/9M, 6H/8M, 7H/7M, 8H/6M, 9H/5M…

© La Comédiathèque

Un salón con un amplio ventanal que, imaginariamente, da a los tejados de París. A un lado, una puerta que conduce a la terraza; al otro, un pasillo hacia la entrada. Muebles viejos y decoración anticuada o kitsch. Al fondo, en un marco monumental, un retrato anterior a la Segunda Guerra Mundial: un militar joven que recuerda vagamente al mariscal Pétain.

Álex *(desde fuera)* – Un momento, que desconecto la alarma. Si no lo hago en treinta segundos, despertaremos a todo el edificio y la policía nos detendrá como a dos ladrones... Mierda, ¿cuál era el código?... Ah, sí, 14-18...

Entra Clara. Desde la puerta contempla la habitación y deja escapar una exclamación a medio camino entre la admiración y el espanto.

Clara – ¡Guau!

Avanza. Álex entra detrás de ella.

Álex – Ya te dije que había que darle un pequeño lavado de cara...

Clara – Hablas como un agente inmobiliario. Te recuerdo que el propietario eres tú.

Álex – Todavía no me lo creo del todo... Pero espera a ver esto.

La lleva hasta el ventanal para admirar las vistas. Esta vez Clara se queda realmente maravillada.

Clara – ¡Guau!

Álex – Desde la terraza, si te asomas un poco, hasta se ve la torre Eiffel.

Clara – Esto sí que es un cambio... Desde nuestra casa, sin asomarnos siquiera, veíamos el cementerio del barrio.

Álex se acerca y la abraza.

Álex – Entonces, ¿te apetece pasar nuestra primera noche aquí, en nuestro nuevo hogar?

Clara – Todo esto es muy excitante... Pero antes de darte una respuesta quiero ver la cama de tu bisabuela.

Álex – No era mi bisabuela. Era mi tía abuela Germaine.

Clara – ¿Germaine? Qué nombre tan de otra época...

Álex – Era la hermana mayor de mi abuela.

Clara – ¿La madre de tu padre?

Álex – De mi madre. O eso dicen...

Clara recorre el salón.

Clara – ¿Y nunca llegaste a conocerla?

Álex – Ni siquiera sabía que mi abuela tuviera una hermana.

Clara – Es increíble...

Álex – ¿El qué?

Clara – Que tus padres nunca te hablaran de esa tía Germaine...

Álex – Ya...

Clara – Y ahora vas y heredas su piso.

Álex – Por lo visto no tenía hijos. Y, como mis padres también han muerto, el notario dice que soy su único heredero.

Clara – Qué triste, si lo piensas... Vivió aquí toda la vida, a dos paradas de metro de la editorial donde trabajas. Y tú te enteras de que existía por una esquela.

Álex – Ni siquiera hubo esquela para mí. Cuando llegó la carta del notario, ya la habían enterrado.

Clara coge una fotografía enmarcada que hay sobre una mesita.

Clara – ¿Es ella?

Álex – Supongo.

Clara – Era guapa... De joven.

Álex – Sí.

Clara – ¿Eso es todo lo que tienes que decir?

Álex – ¿Sobre qué?

Clara – No sé... Ya no está. Nunca podrás conocerla. Lo único que te queda de ella es una fotografía.

Álex – Y el piso.

Clara – ¿No te conmueve que haya muerto tu tía Germaine?

Álex – Sí, claro que me conmueve. Muchísimo.

Clara – ¿De verdad?

Álex – Sinceramente, me siento como si me hubiera tocado la lotería.

Clara deja la fotografía en su sitio.

Clara – La verdad es que tampoco vamos a echar de menos nuestro pisito de las afueras.

Álex – ¿Te das cuenta? Se acabaron los trenes de cercanías. ¡Podré ir al trabajo andando!

Clara – Y yo en bicicleta. Solo tengo que cruzar el Sena para llegar al instituto.

Álex – Sin alquiler. En pleno centro de París. Última planta, ascensor, terraza, en un precioso edificio antiguo.

Clara – Otra vez estás hablando como un agente inmobiliario.

Álex – ¡Y tiene plaza de garaje!

Clara – No tenemos coche.

Álex – ¿Y qué? ¿Sabes por cuánto se alquila una plaza de garaje en este barrio?

Clara – Ni idea. ¿Por cuánto?

Álex – No sé la cifra exacta, pero seguro que me darían por ella al menos la mitad de mi sueldo.

Clara – Pues alquila la plaza y trabaja media jornada. Así podrás empezar tu primera novela. No vas a pasarte la vida publicando los libros de los demás.

Álex – Primero tendría que encontrar una historia que contar.

Clara – Ya tienes una: la de esta misteriosa abuela.

Álex – Tía abuela.

Clara – Una mujer que rozaba los cien años y que debió de tener veinte durante la Segunda Guerra Mundial. Ahí hay material para una novela, seguro.

Clara vuelve a mirar el salón.

Álex – Desde luego, se respira una atmósfera especial...

Clara – Diría que opresiva. Como si el fantasma de Germaine siguiera viviendo aquí.

Álex – Igual tenemos que llamar a un exorcista antes de mudarnos.

Clara – ¿Tú crees?

Álex – Empezaremos tirando estos trastos viejos y pintando las paredes.

Clara – Falta le hace. Es bastante sombrío.

Álex vuelve al ventanal.

Álex – Ya... Pero mira esas vistas. Miles de tejados hasta donde alcanza la vista.

Clara – Y detrás de cada ventana, alguien con una vida distinta. Una historia. Un destino.

Álex – Tiene algo de novela, ¿verdad?

Clara – París...

Álex – La ciudad más bonita del mundo.

Clara – Y la más romántica.

Álex – Miles de pisos como este. Millones de personas. Miles de millones de historias que se están escribiendo.

Clara – Imagínate: en este mismo instante, algunos se están pidiendo matrimonio.

Álex – Otros se están dejando.

Clara – En alguna parte están naciendo bebés.

Álex – Y en otra se están muriendo viejos, como la tía Germaine.

Clara – Algunos están fregando los platos.

Álex – Y otros están haciendo el amor...

Empiezan a abrazarse, pero suena el timbre de la puerta.

Clara – ¿Quién será?

Álex – Ni idea. Aquí no conozco a nadie.

Clara – ¿El fantasma de Germaine?

Álex – Voy a ver.

Clara – ¿Quieres que vaya contigo?

Álex – No hace falta. Pero si no vuelvo en cinco minutos, llama a un exorcista.

Álex sale. Clara observa el retrato, intrigada.

Álex *(desde fuera)* – Ah, sí... No, no, en absoluto... Pero, por favor, pase.

Álex vuelve acompañado por la señora Martin.

Martin – Espero no molestar. La señora Sánchez, la portera, me ha dicho que había subido con su señora. *(Ve a Clara.)* Aunque no sé si están casados... Buenas tardes, señorita.

Clara – Buenas tardes.

Álex – Clara, te presento a la señora Martin, vecina y presidenta de la comunidad.

Martin *(con solemnidad)* – Querido señor, en nombre de todos los propietarios de este edificio, a quienes tengo el honor de representar, acepte nuestras más sinceras condolencias.

Álex – Gracias, pero verá...

Martin – Su tía era una mujer excepcional. De carácter, desde luego, pero encantadora. Todos los vecinos queríamos muchísimo a Germaine.

Álex – Me alegra mucho saberlo.

Martin – Para nosotros era mucho más que una vecina. Le hacíamos la compra, la ayudábamos con los papeleos, nos prestábamos pequeños favores...

Clara – ¿Ah, sí?

Martin – Procurábamos que no se sintiera sola. Apenas recibía visitas, como sabrá. Nosotros la rodeábamos de cariño y ella nos correspondía. Vaya si nos correspondía.

Álex – Ya, eso... Eso está muy bien.

Martin – Éramos casi su familia. De hecho, yo ignoraba que tuviera otra. Jamás me habló de ustedes.

Álex – No me extraña. Yo tampoco conocía muy bien a la tía Germaine.

Martin – Eso parece. No recuerdo haberlo visto en el entierro.

Álex – Es que yo...

Clara, harta del interrogatorio, interviene.

Clara – Imagino que no ha venido solo para charlar. Y tampoco querríamos entretenerla. ¿Necesita algo? Ya sabe, cosas de vecinos. ¿Un sacacorchos, sal, cerillas...?

Álex – ¿Un cascanueces?

Martin – No anda muy desencaminado con lo del sacacorchos... Aunque me da apuro, dadas las circunstancias.

Clara – Usted dirá.

Martin *(carraspea)* – Perdonen, tengo algo en la garganta.

Álex – ¿Quiere beber algo?

Clara fulmina a Álex con la mirada.

Clara – No sé si tenemos algo que ofrecerle.

Martin – Un vaso de agua me basta, gracias.

Clara – Si ni siquiera sé dónde está la nevera.

Martin – No se moleste. El agua del grifo es magnífica en este barrio. ¿Para qué subir paquetes de botellas hasta la última planta, aunque haya ascensor? *(Álex y Clara esperan a que vaya al grano.)* La cocina es la segunda puerta a la izquierda del pasillo. Los vasos están en el armario de arriba.

Clara sale, contrariada.

Martin – Pues verá: hoy celebramos la fiesta de los vecinos, y su tía insistía todos los años en que se hiciera aquí.

Álex – Qué curioso...

Martin – Una tradición. Por la gran terraza y las vistas de París, sin duda.

Álex – Supongo.

Martin – Es el piso más bonito del edificio. Y, como Germaine vivía sola, estas reuniones le hacían compañía.

Álex – Aunque ahora ha muerto, claro...

Martin – Desde luego. Pero estoy segura de que le habría encantado vernos a todos reunidos aquí esta noche, una última vez...

Álex – Es que nosotros no teníamos previsto...

Martin – No se preocupen, nos ocuparemos de todo. Como siempre. Quiero decir, como hacíamos con Germaine.

Clara vuelve con un vaso de agua para la señora Martin.

Martin – Muchísimas gracias.

Clara – De nada.

Martin deja el vaso sin probarlo.

Martin – Como le decía a su marido...

Clara – Todavía no estamos casados. Por si era eso lo que quería saber.

Álex interviene para rebajar la tensión.

Álex – La señora Martin ha venido a invitarnos a la fiesta de los vecinos.

Clara – Ah, qué... Qué detalle. *(Sorprendida.)* ¿Y cuándo es?

Martin – ¡Hoy mismo!

Álex – Lo que pasa es que... La celebración sería en nuestra casa.

Clara – ¿En nuestra casa? ¿Aquí?

Martin – Será una especie de fiesta de despedida.

Álex – Nosotros acabamos de llegar.

Martin – Me refiero a una despedida de Germaine. Como ustedes no pudieron asistir al entierro...

Álex – Claro...

Martin – Bien, pues si están de acuerdo, asunto resuelto. No sé cómo agradecérselo.

Álex y Clara, descolocados, intercambian una mirada incómoda.

Álex – No, no, faltaría más.

Martin – Y ustedes... ¿Tienen intención de instalarse aquí?

Álex – Eh... Sí... Bueno...

Martin – Perfecto. Así conocerán de golpe a todos sus nuevos vecinos. Dos pájaros de un tiro.

Álex – Sí, por qué no.

Martin – Me voy, que aún tengo preparativos. Para esta pequeña recepción, claro. ¡Hasta luego!

Álex – Hasta luego.

Álex se dispone a acompañarla.

Álex – La acompaño.

Martin – No se moleste. Conozco el camino.

Álex – Muy bien.

Martin sale. Álex y Clara se miran, perplejos.

Álex – Tengo la impresión de que nos ha metido en esto sin dejarnos elegir.

Clara – ¿Tú crees? Tampoco es que hayas hecho gran cosa por impedirlo.

Álex – ¡Me has dejado solo con ella!

Clara – ¡Tú me has mandado a buscarle agua! Que, por cierto, ni se ha bebido.

Álex – Todavía no vivimos aquí. No vamos a pelearnos con todos los vecinos el primer día.

Clara – Una cosa es llevarse bien y otra dejar que te invadan la casa.

Álex – Tienes razón. Nos ha camelado con la dichosa fiesta.

Clara – Además, esas fiestas de vecinos suelen celebrarse en verano...

Álex – ¿Ah, sí?

Clara – ¡Pensaba que lo sabías!

Álex – ¿Y cómo iba a saberlo?

Clara – ¡Todo el mundo sabe que no se celebra una fiesta de vecinos a finales de diciembre! A finales de diciembre es Navidad. ¡Eso sí te suena, espero!

Álex – Entonces, ¿por qué la celebran ahora?

Clara – Otra tradición, supongo. Como celebrarla en nuestra casa. Empezamos bien.

Álex – Miremos el lado bueno: conoceremos a todos los vecinos de una vez.

Clara – Tampoco había tanta prisa. Acabamos de llegar.

Álex – Ahora somos propietarios. Eso también tiene obligaciones.

Clara – Tú eres el propietario.

Álex – En cualquier caso, tendremos que tratar con ellos para los asuntos del edificio. Y ella es la presidenta de la comunidad. No podía echarla sin más.

Clara – La señora Martin... Menuda pieza.

Álex – Así nos ahorramos organizar una fiesta de inauguración. Ha dicho que ellos se encargan de todo.

Clara – Sí, parecen muy aficionados a encargarse de todo, incluso de lo que no les importa. No sé por qué, pero esta comunidad me da mala espina.

Álex – Ya veremos. Si no nos caen bien, no volveremos a invitarlos.

Clara – ¡Se han invitado ellos solos!

Álex *(abrazándola)* – Anda, no vamos a discutir por eso.

Clara – Tienes razón. Lo importante es que por fin tenemos una casa nuestra.

Álex – ¿Seguimos con la visita?

Clara *(mirando el retrato)* – ¿Y ese quién es? ¿Tu tío abuelo? ¿El marido de Germaine?

Álex – Ni idea.

Los dos examinan el retrato.

Clara – Con ese bigote se parece un poco al mariscal Pétain, ¿no?

Álex – Todos los militares de entonces se parecían. El bigote estaba de moda. Pero este parece muy joven.

Clara – Pétain también fue joven alguna vez.

Álex – Es verdad. Cuesta imaginar que los dictadores no nacieran ya con bigote. Pétain fue un chico imberbe, Stalin un adolescente lleno de granos y Hitler un bebé regordete.

Clara – En cualquier caso, no parece una obra maestra. Aunque el marco impresiona.

Álex – Qué pena. Me habría venido bien para pagar los impuestos de la herencia.

Clara – ¿Impuestos de sucesiones?

Álex – Heredar un piso tampoco sale gratis. Con un parentesco tan lejano, Hacienda se lleva una buena parte. Y Germaine no dejó dinero en el banco...

Clara – ¿Y de cuánto estamos hablando?

Álex – El notario aún no me ha dado la cifra. En el peor de los casos pediré un préstamo. Siempre será mejor que pagar alquiler.

Clara – Empiezo a preguntarme si esto va a ser tan sencillo como pensábamos.

Álex – ¿Quieres que te enseñe la terraza?

Clara *(insinuante)* – ¿Y si me enseñas primero el dormitorio?

Álex – Vale.

Le coge de la mano y está a punto de llevársela por el pasillo, pero vuelve a sonar el timbre.

Clara – ¿Otra vez?

Álex – Podemos fingir que no hay nadie. No estamos obligados a abrir.

Clara – ¡Acabas de invitar a todo el edificio! No podemos dejarlos en la puerta.

Álex – ¿Crees que ya son ellos?

Clara – ¿Quién va a ser? ¿Papá Noel?

Álex – Voy yo.

Clara – No. Esta vez me encargo yo.

Álex *(preocupado)* – Procura ser amable.

Clara – Seré la anfitriona perfecta, te lo prometo.

Álex – Vale.

Clara sale. Álex suspira y se acerca al retrato. Suena un teléfono fijo anticuado. Álex duda, pero descuelga.

Álex – ¿Diga?... Sí, aquí es... No, soy su sobrino nieto... ¿La fiesta de los vecinos? Eh... Sí, aquí es... Bueno, de acuerdo. Hasta ahora.

Cuelga. Clara vuelve con la señora Martin, que trae un gran recipiente de sangría, y la doctora Bernard, que lleva una tarta salada.

Martin – ¡Aquí está la sangría!

Bernard – ¡Hola, hola! Yo he preparado una tarta salada de cebolla.

Martin – Ah, el año pasado era de puerros, ¿verdad?

Bernard – Por cambiar un poco. Y porque no tenía puerros. ¡Espero que les guste la cebolla!

Martin – ¡Pero, doctora! ¡A todo el mundo le gusta la cebolla! Y es sanísima. Yo la pongo en todo.

Bernard – Espero que no la haya echado también en la sangría.

Ambas se ríen como tontas ante la expresión de espanto de Álex y Clara.

Martin – ¡Pero qué maleducada soy! Les presento a la doctora Bernard. Tiene la consulta justo debajo. Es muy práctico tener una médica en el edificio. También tenemos dentista, aunque por ahora está muerto. Quiero decir, jubilado. Se retiró el mes pasado y aún no han encontrado sustituto.

Bernard – Señora, señor... Encantada.

Álex – Doctora...

Bernard – Llámenme Ana. Aunque me temo que no recuerdo sus nombres.

Clara – Clara.

Álex – Yo soy Álex.

Bernard – Clara, cariño, ¿puedes despejar esta mesa? Vamos a poner aquí el bufé.

Clara retira maquinalmente un jarrón chino de la mesa.

Martin – Álex, en ese aparador debería haber un mantel. Quedará más presentable.

Álex abre el mueble sin encontrar nada.

Bernard – Abajo del todo.

Álex saca el mantel y lo coloca. Martin deja la sangría sobre la mesa y Bernard, la tarta.

Martin – Ya está. Los invitados podrán servirse aquí. No sé dónde se habrán metido, por cierto... Mientras llegan, pueden disfrutar de la terraza.

Álex – Muy bien...

Bernard – Al fin y al cabo, están ustedes en su casa.

Clara – Gracias por recordárnoslo.

Vuelve a sonar el timbre.

Bernard – ¿Ve? Antes hablaba mal de ellos. Por una vez son puntuales.

Martin – Voy a abrir. Después dejaré la puerta abierta, o no acabaremos nunca.

Sale. Intercambian sonrisas incómodas.

Bernard – Yo estuve con su tía en sus últimos momentos.

Álex – Ah, sí. Lamentablemente, no tuve el placer de... Quiero decir...

Clara – Y... ¿de qué murió exactamente?

Bernard – Ay, hija, pasados los noventa... ¿De verdad hace falta morir de algo concreto? Lo que sí puedo asegurarles es que no sufrió.

Entran el señor y la señora Crampon, uno con una fuente de tabulé y la otra con una ensalada de endibias. Martin los acompaña.

Sr. Crampon – Buenas tardes. Perdonen que no les dé la mano, pero vengo cargado. ¿Dónde dejo esto?

Sra. Crampon – ¡Pues donde está el bufé, como siempre!

Ambos dejan sus fuentes y se vuelven hacia Álex y Clara.

Sr. Crampon – Jacques Crampon, corredor de seguros. Y esta es mi esposa, Josiane.

Sra. Crampon – Ustedes son Álex y Clara, ¿verdad?

Clara – Veo que las noticias vuelan.

Sr. Crampon – Antes de ser portera aquí, la señora Sánchez trabajaba para la policía secreta de un régimen comunista.

Sra. Crampon – ¿No era portuguesa?

Sr. Crampon – ¡Es broma, Josiane! ¡Una broma!

Sra. Crampon – He preparado tabulé y ensalada de endibias.

Sr. Crampon – Espero que les gusten las endibias.

Sra. Crampon – ¿Por qué dices eso?

Sr. Crampon – Porque yo las odio.

Sra. Crampon – Por eso he hecho también tabulé. Pero las endibias son buenísimas y ahora están de temporada. ¿A ti te gustan, Álex?

Álex – Sí, bueno...

Sr. Crampon – No sabía que las endibias tuvieran temporada. Yo creía que estaban todo el año.

Sra. Crampon – Las he preparado con roquefort. Están deliciosas. Y son muy sanas, ¿verdad, doctora?

Bernard – En toda mi carrera no he visto morir a nadie por comer endibias con roquefort.

Sr. Crampon – Porque ninguno de sus pacientes habrá probado las de mi mujer.

La señora Crampon lo fulmina con la mirada.

Sr. Crampon – ¡Vamos, Josiane, que es broma! Hemos venido a pasarlo bien. ¡Entre vecinos!

Clara – Sí... Promete ser una velada estupenda.

Suena el teléfono fijo. Antes de que Álex pueda reaccionar, Martin descuelga con toda naturalidad.

Martin – ¿Diga?... Ah, padre, es usted... Sí, comprendo... No hay problema, lo esperamos... Hasta ahora.

Cuelga ante las miradas atónitas de Álex y Clara.

Martin – Era el padre Dessaint. Vendrá enseguida; le ha surgido una urgencia. Una extremaunción.

Clara – ¿El padre Dessaint?

Martin – Sí, un auténtico hombre de Dios.

Sr. Crampon – Vive en la planta baja, desde que el obispado vendió su antigua casa parroquial a una pareja gay que la convirtió en alojamiento turístico.

Bernard – Por lo visto, la Iglesia también anda en crisis. Tiene que vender hasta las joyas de la familia.

Martin – Y nunca mejor dicho... Hoy parece que vivimos en Sodoma.

Silencio incómodo.

Bernard – ¿Les sirvo algo para animar el ambiente?

Sr. Crampon – ¡Eso! ¡Que empiece la fiesta!

Martin – ¿Sangría?

Sra. Crampon – Sangría.

Martin – ¡Sangría para todos!

Sr. Crampon – ¡Y por lo menos para la sangría no hace falta sacacorchos!

Todos estallan en carcajadas, salvo Álex y Clara.

Bernard – Es una broma nuestra. Germaine nunca encontraba el sacacorchos.

Vuelven a reírse. Álex y Clara esbozan una sonrisa forzada y se miran con inquietud.

Martin – La pobre Germaine, en sus últimos tiempos, empezaba a perder un poco la memoria.

Bernard – A esa edad es normal que falle la memoria. Por lo demás, estaba estupendamente para sus casi cien años.

Clara – O sea, que murió con una salud de hierro, ¿no, doctora?

La incomodidad se rompe con la llegada del padre Dessaint y la baronesa de la Cour.

Dessaint – ¡Buenas tardes a todos! ¡Bienvenidos a los recién llegados!

Sr. Crampon – ¡Hombre, el señor Chorizo!

Álex – Buenas tardes, señor Chorizo.

Todos los vecinos se echan a reír.

Bernard – Son de lo que no hay.

Martin – Es una broma nuestra. Todos los años el padre aparece en la fiesta con un chorizo.

Dessaint – ¡Y aquí está! ¿Para qué romper una tradición?

Saca un chorizo, lo deja en el bufé y estrecha la mano de Álex y Clara.

Dessaint – Soy el padre Dessaint. Les presento a la baronesa de la Cour.

Sra. Crampon – Que, siguiendo también la tradición, supongo que no ha traído nada.

Baronesa – Siempre sobra comida y luego hay que llevarse las sobras. Mejor comérselas directamente.

Nueva carcajada general.

Martin – ¡Nos vamos a divertir de lo lindo!

Dessaint – Sin olvidar que este año la fiesta tiene para todos nosotros un significado especial.

Martin – Es verdad, perdonen. Por un momento había olvidado que la pobre Germaine nos ha dejado.

Dessaint – Me emociona vernos reunidos otra vez en su casa. Casi espero que aparezca por esa puerta con uno de sus deliciosos pasteles de nueces. Nunca quiso darnos la receta.

Sra. Crampon – Su tía era muy reservada...

Álex – A mí que me lo digan. Consiguió ocultarme su propia existencia toda la vida.

Dessaint – Tuve el privilegio de administrarle los últimos sacramentos antes de que Dios la llamara a su lado. Al menos puede estar seguro de que no partió sin consuelo espiritual.

Álex – Sí, qué... Qué tranquilizador.

Clara – Por lo que veo, Germaine era muy creyente.

Dessaint – Creyente, sí. Y militante.

Martin – Cuando se aprobó el matrimonio entre personas del mismo sexo, no se perdió una sola manifestación de protesta. ¡Tenía auténtico horror a los homosexuales!

Clara – ¿En serio?

Álex y Clara se quedan consternados.

Bernard – Aquellos sí que eran buenos tiempos...

Sra. Crampon – Nos reuníamos todos alrededor de los mismos valores.

Martin – Y aprovechábamos para hacer un pícnic estupendo, regado con vino de misa, en un parque de París. ¿Verdad, padre?

Dessaint – Creo que Germaine habría querido que hoy volviéramos a reunirnos con alegría. *(Alza su copa.)* ¡Por esta mujer excepcional!

Todos brindan y beben. La entrada de Ángela, vestida de gótica, enfría el ambiente.

Martin – Ah, amigos, aquí está Ángela.

Ángela – Hola, fósiles. ¿Tenéis algo de beber? Tengo un mono que no veas.

Martin – Ángela es pintora. Tiene su estudio en la planta baja.

Bernard – Señora Crampon, ¿sería tan amable de servirle a Ángela un vaso de sangre?

Sra. Crampon – Querrá decir sangría.

Bernard – ¿No he dicho eso?

La señora Crampon le sirve un vaso. Ángela lo vacía de un trago ante las miradas reprobatorias de los vecinos.

Ángela – Uf... Qué sed tenía.

Clara – ¿Y qué pintas? ¿Abstracto? ¿Figurativo?

Ángela – Ahora estoy en mi época roja.

Álex – Ah, como Picasso. Bueno, la suya era azul.

Ángela – No, quiero decir que últimamente funciono a base de vino tinto. Pintar, pinto poco.

Risas poco convencidas.

Martin – Ya se sabe cómo son los artistas.

Dessaint – ¿Salimos a la terraza?

Sr. Crampon – Con mucho gusto.

Los vecinos salen. Álex y Clara se quedan con Ángela.

Ángela – No os preocupéis. No soy un vampiro, aunque lo parezca. Los que chupan la sangre son ellos.

Clara – ¿Cómo dices?

Ángela – ¿Sabéis cómo murió vuestra abuela?

Álex – Era mi tía abuela. Y era muy mayor. La verdad es que no me lo había planteado.

Ángela – Germaine estaba como una rosa. Podría haber llegado a los cien.

Clara – Ese condicional me suena a insinuación.

Álex – ¿Alguien tenía motivos para querer hacerle daño?

Ángela evita responder y sonríe con misterio.

Ángela – ¿Os gusta ese cuadro?

Álex – Bueno... Es bastante aparatoso, ¿no?

Ángela – Lo pinté yo.

Clara – Ah, no, pues es muy bonito. Tiene algo especial...

Ángela – No os molestéis. Fue un encargo de Germaine.

Álex – ¿Ah, sí?

Clara – ¿Es el que iba a ser su marido?

Ángela – Germaine me dio una foto del mariscal Pétain, el militar francés que colaboró con los nazis durante la Segunda Guerra Mundial. En aquella foto todavía era coronel.

Vuelve la baronesa.

Baronesa – No os preocupéis por mí.

La baronesa llena su bolso con comida del bufé. Se sirve también una copa y la prueba con expresión de asco.

Baronesa – Sangría... Qué vulgaridad.

La baronesa vuelve a salir.

Clara – ¿De verdad es baronesa?

Ángela – Quién sabe. En este edificio acabaréis descubriendo que casi nadie es lo que aparenta.

Silencio.

Clara – ¿Sabes algo sobre la muerte de Germaine que deberíamos conocer?

Álex – Yo creía que había muerto de un infarto o algo así.

Ángela – No estoy segura de nada. Pero parece que hay distintas versiones sobre cómo y de qué murió.

Clara – ¿Qué versiones?

Ángela – Según la portera, la encontraron en el patio.

Álex – Yo pensaba que había muerto en la cama.

Ángela – Siete pisos de altura...

Clara – Igual se estropeó el ascensor. Si bajó por la escalera, a su edad... ¿Pudo fallarle el corazón?

Ángela – Por el estado en que encontraron el cuerpo, no parece que bajara ni en ascensor ni por las escaleras.

Álex – Ah...

Ángela – La señora Sánchez dice que fue espantoso. No la habríais reconocido.

Álex – Sobre todo porque nunca la había visto.

Clara *(pensativa)* – ¿Se cayó de la terraza?

Álex – La barandilla es bastante alta. Salvo que saltara por su cuenta...

Ángela – O alguien podría haberla ayudado a pasar por encima.

Clara – ¿Estás hablando de asesinato? Es una acusación muy grave.

Álex – Pero no lo entiendo... La doctora Bernard me dijo que estuvo con mi tía durante sus últimos momentos.

Ángela – Y fue ella quien firmó el certificado de defunción. Quizá por eso no hubo investigación. Cuando la víctima pasa de los noventa, la policía pierde el interés.

Clara – Es monstruoso.

Ángela – Voy a tomar el aire a la terraza. Pero, si aparezco muerta en el patio, sabréis que no ha sido un suicidio.

Sale. Álex y Clara intercambian una mirada horrorizada.

Álex – Empiezo a dudar de que esta herencia sea tan buen negocio.

Clara – Igual se lo está inventando todo.

Álex – ¿Quién?

Clara – ¡Ángela! Tiene pinta de estar un poco ida.

Álex – Digamos que destaca entre los demás.

Clara – Aunque los demás tampoco parecen muy cuerdos. ¿Crees que podrían haber asesinado a Germaine?

Álex – ¿Por qué iban a hacerlo? Parecía que la adoraban.

Clara – Eso dicen ellos. Y al cura... No sé de qué, pero su cara me suena.

Sin que ellos lo adviertan, llega Sam, prostituta que puede ser interpretada también por una persona travestida.

Sam – Buenas.

Los dos se sobresaltan.

Clara – ¡Qué susto!

Sam – Perdón. La puerta estaba abierta y he entrado. ¿La fiesta de los vecinos es aquí?

Álex – Sí, bueno...

Sam – Sois Álex y Clara, supongo.

Clara – ¿Y tú eres...?

Sam – Sam. Acabo de alquilar el apartamento de la primera planta. Ya sé que desentono un poco. Aquí parece que todos sois profesionales liberales.

Álex – Deduzco que tú no eres abogada ni médica.

Sam – No soy ninguna de las dos, pero también cobro por consulta. A Hacienda le da igual cómo lo llame.

Vuelven el señor Crampon, Martin y el padre Dessaint.

Martin – ¿Y esto qué es?

Sam – La nueva inquilina del piso de abajo.

Martin – ¿Del de abajo?

Sam saluda al señor Crampon con dos besos.

Sam – ¿Qué tal, cariño?

Sr. Crampon *(nervioso)* – Menos mal que mi mujer no está aquí.

Martin – Ese piso lleva años vacío.

Sam – Pues ya no. La portera me ha contado lo de la fiesta y, como también soy nueva, he pensado que sería una buena ocasión para...

Sr. Crampon – ¡Has hecho muy bien!

Entra la señora Crampon.

Sra. Crampon – ¿Y esta quién es?

Sr. Crampon – Querida señora, le presento a mi esposa, Janine.

Sra. Crampon – Me llamo Josiane.

Sr. Crampon – Eso, perdona. Janine es mi secretaria. Siempre las confundo.

Sam – Hola, Josiane, encantada. ¿Te importa que te llame Josiane?

Sra. Crampon – Señora Crampon. ¿Te importa que te llame así?

Sam – Nada de formalidades. Llámame Sam.

Sra. Crampon – Y Sam es diminutivo de...

Sam – De nada. Sam a secas.

Sra. Crampon – Sam a secas... Entiendo. Te gusta conservar el misterio.

Sr. Crampon – Esperamos que animes un poco la reunión. Hasta ahora está siendo mortal. *(Ve a Álex y Clara.)* Disculpad, no lo digo por Germaine. Su pérdida nos ha afectado mucho.

Sra. Crampon – Es extraño estar aquí, rodeados de sus muebles y recuerdos. Por cierto, no sé si es el momento, pero Germaine siempre me dijo que, cuando muriera, me dejaría esta cómoda.

Clara – ¿Ah, sí?

Sr. Crampon – Por mi trabajo sé tasar antigüedades. Os aseguro que esta cómoda solo tiene valor sentimental.

Álex – Íbamos a cambiar la decoración antes de mudarnos, así que no veo inconveniente.

Clara – Si era la voluntad de Germaine...

Vuelve la baronesa.

Baronesa – Además, ya no puede decir lo contrario. Se ve que la tía Germaine presintió su final, porque a mí me prometió ese jarrón chino.

Sra. Crampon – ¿A usted? ¡Si apenas la conocía!

Baronesa – No hacen falta muchos años para saber cómo es alguien.

Entra la señora Sánchez, la portera.

Sánchez – ¿El jarrón chino? ¡Me lo había prometido a mí!

Sr. Crampon – Os presento a la señora Sánchez, nuestra portera.

Sánchez – ¿Pero esta quién se cree que es?

Baronesa – ¿Está poniendo en duda mi palabra?

Sánchez – A mí no me venga con aires de grandeza. Los Sánchez llevamos tres generaciones de porteros en este edificio.

Baronesa – ¡Tres generaciones de porteros! Menudo árbol genealógico. ¿Por qué no vuelve a su portería?

Sánchez – ¿Y usted acaso vive en un palacio? ¡Si su casa está en la planta baja, al fondo del patio!

Baronesa – Este jarrón es mío. Germaine me lo regaló. Le encantaban mis conversaciones.

La baronesa coge el jarrón.

Sánchez – ¡Que es mío, se lo digo! ¡Germaine me lo prometió! Llevo treinta años limpiándole el piso y no he roto nada en mi vida.

La portera trata de arrancarle el jarrón de las manos.

Dessaint – Señoras, por favor, un poco de compostura.

Baronesa – ¡Suéltalo, zorra!

Dessaint – Baronesa, dé ejemplo. ¿Acaso no compartió san Martín su capa con un pobre?

Baronesa – ¡Será imbécil! ¡Esto es un jarrón! ¿Cómo quiere que le dé la mitad?

El jarrón cae al suelo y se hace añicos. Álex y Clara están horrorizados. Las dos mujeres se calman de golpe.

Dessaint – Ya está...

Sánchez – Lo siento muchísimo.

Baronesa – No, la culpa ha sido mía. No sé qué me ha pasado.

Sr. Crampon *(a Álex y Clara)* – Perdonadnos. Estamos todos un poco alterados.

Sra. Crampon – Es la emoción. Nos está costando mucho superar la pérdida de la herencia de Germaine.

Martin – Querrás decir la pérdida de Germaine.

Sr. Crampon – Ya os digo que todos estos cacharros no tienen valor. Solo son recuerdos.

Martin – Y los recuerdos no tienen precio, ¿verdad?

Dessaint – Bienaventurados los pobres... que no heredan jarrones.

Sam – Vamos todos a tomar el aire a la terraza.

Salen, dejando solos a Álex y Clara.

Clara – ¡Son unos lunáticos peligrosos!

Álex – Por un momento creí que iban a matarse.

Clara – ¡Por un jarrón!

Álex – Haremos inventario de este museo de los horrores y luego decidiremos. Si cada uno se lleva algo...

Clara – Nos ahorraremos llevarlo todo al vertedero.

Álex – Es verdad. Podemos dejar que cada uno elija un recuerdo de nuestra querida difunta.

Clara – Mejor sortearlos, si no queremos un motín.

Álex – ¿Crees que Germaine prometió el mismo jarrón a dos personas adrede?

Clara – ¿Por qué iba a hacerlo?

Entra la señora Zarbi.

Zarbi – A mucha gente le encanta irse de este mundo dejando un buen follón. Tanto da si se trata de repartir un orinal entre dos herederos o de un territorio que varias

generaciones se disputan. Quizá sea una manera de lograr la inmortalidad: seguir presentes entre los vivos gracias a los problemas que dejamos detrás. Así nadie nos olvida demasiado pronto. Señora Zarbi, psicoterapeuta. Vivo en la quinta planta.

Clara – ¿Psicoanalista? Lo que faltaba. Adelante, por favor. ¡Cuantos más locos, mejor!

Álex – Entiendo que conocía bien a Germaine. ¿Era paciente suya?

Zarbi – Si lo fuera, no podría decírselo. Secreto profesional. Pero no. Germaine era de las que preferían confesar sus pecados a un cura y no a un psicoanalista.

Álex – Sale bastante más barato.

Zarbi – Y duele menos. De mi consulta no sale uno limpio con dos padrenuestros.

Clara – Sí, en terapia se supone que uno tiene que acabar matando a su propio padre.

Zarbi – ¿Y usted ya ha conseguido matar al suyo?

Clara se queda incómoda.

Álex – En fin, ¿usted conocía a Germaine?

Zarbi – La observaba de lejos. Deformación profesional.

Clara – Como no era paciente suya, ¿puede contarnos algo de ella?

Zarbi – Solo son rumores. Rumores que ella misma disfrutaba haciendo circular.

Álex – ¿Qué rumores?

Zarbi – Al parecer, su tía escondía un tesoro aquí, en el piso.

Clara – ¿Un tesoro?

Zarbi – Según la portera, el difunto marido de Germaine amasó una fortuna en el mercado negro durante la guerra, con la bendición de los ocupantes nazis.

Álex – Por eso debió de esconder el dinero sucio cuando terminó la guerra.

Zarbi – Dicen que compró este piso durante la ocupación alemana. Sus anteriores dueños desaparecieron después de que alguien los denunciara a la Gestapo, la policía política nazi.

Clara – ¿De verdad?

Álex – Entonces nadie sabe en qué consistía el tesoro ni dónde está escondido.

Zarbi – Si es que existe y no es una simple leyenda.

Clara – Pero dice que era la propia Germaine quien alimentaba el rumor. ¿Por qué querría hacer creer que colaboró con los nazis?

Zarbi – Quizá le interesaba que todos pensaran que tenía una fortuna escondida, de la que podrían recibir una parte al morir ella si habían sabido tratarla bien en vida.

Clara – Ya entiendo...

Zarbi – Voy a unirme a los demás en la terraza. Supongo que estarán allí, como siempre.

Zarbi sale.

Clara – Cada vez me cae mejor tu tía Germaine.

Álex – Y cada vez me gusta menos su herencia.

Clara – No me extraña que la familia dejara de hablarle.

Álex – ¿Y si todos han venido en busca del tesoro de la vieja?

Clara – Por eso quieren llevarse algo de recuerdo.

Álex – Igual había algo dentro del jarrón.

Clara – Nos habríamos dado cuenta, ¿no?

Álex – La cómoda puede tener un doble fondo.

Clara – O quizá debajo de ese retrato horroroso haya una obra maestra.

Álex – O alguno ya ha encontrado el tesoro.

Clara – Y quizá la mataron después para repartirse el botín.

Álex – ¿Y entonces por qué siguen aquí?

Clara – Porque todavía no han conseguido quedarse con el piso.

Álex – Nosotros somos el obstáculo.

Pausa.

Clara – Igual acaban denunciándonos a la policía también a nosotros.

Álex – Pero no hemos hecho nada malo.

Clara – ¿Y los judíos a los que denunció tu tía? ¿Habían hecho algo malo?

Álex – ¿Crees que eran judíos?

Clara – Es muy probable.

Álex – De todas formas, ya no nos gobiernan los nazis. Y nosotros no somos judíos.

Clara – Habla por ti.

Álex – ¿Eres judía?

Clara – ¿Te molesta?

Álex – No, en absoluto. Es que no lo sabía.

Clara – Tengo... ascendencia judía.

Álex – ¿Y quién no? Quiero decir, el cristianismo viene del judaísmo. Hasta Jesucristo era judío.

Clara – ¿Así que, según tú, también los antiguos romanos eran judíos?

Álex – No, claro... Me refiero a... Bueno, que no sabía lo de tus raíces.

Clara – Hace una semana tampoco sabías que tenías una tía con un pasado antisemita.

Álex – ¡Eso es absurdo! No soy responsable de lo que hizo mi tía durante la guerra. ¡Ni siquiera había nacido!

Clara – Pues a mí me molesta pensar que Germaine pudo denunciar a una familia judía para quedarse con su piso, y que ahora nosotros podamos vivir aquí porque lo hemos heredado.

Silencio.

Álex – Se nos está yendo todo de las manos. ¡Son solo rumores!

Clara – Tienes razón. A fin de cuentas, esto no es más que una fiesta de vecinos.

Álex – O alguien ha echado algo en la sangría.

Clara – Salgamos a la terraza. A ver qué están tramando.

Álex – ¿Tú crees?

Clara – Es nuestra casa, ¿no?

Álex – Si tú lo dices.

Salen. Entra Sam y empieza a registrar el salón. Sánchez vuelve y la sorprende.

Sánchez – ¡No se corte, mujer! Como si estuviera en su casa.

Sam – Ah, señora Sánchez... Se equivoca. No soy quien usted cree.

Sánchez – Eso ya me lo figuraba.

Sam – A usted se lo puedo confesar. Casi somos del mismo gremio.

Sánchez – ¿Qué gremio? ¡Llámeme puta directamente!

Sam le muestra una placa de policía.

Sam – Inspector Ramírez.

Sánchez – ¿Inspector?

Sam se lleva un dedo a los labios para exigir discreción.

Sam – Estoy aquí de incógnito.

Sánchez – ¿De qué?

Sam – ¡Infiltrada! Disfrazada, bajo una identidad falsa. ¿Así lo entiende?

Sánchez – Ah...

Sam – Tenemos buenas razones para sospechar que la vieja... ¿Cómo se llamaba?

Sánchez – Germaine.

Sam – Eso. Creemos que Germaine no murió por causas naturales.

Sánchez – ¿Ah, no?

Sam – Podría ser un asesinato. Todavía no tenemos pruebas. Por eso investigo.

Sánchez – Ah...

Sam – Para ser portera, usted habla bien poco.

Sánchez – Sí...

Sam – ¿Y sabe alguna otra cosa?

Sánchez – No...

Sam – Ya veo que me va a ser de muchísima ayuda. ¿Conoce exactamente las circunstancias de su muerte?

Sánchez – Fue un accidente, ¿no?

Sam – Quién sabe. Cuando una posible asesina firma el certificado de defunción y otro sospechoso le da la extremaunción inmediatamente después...

Sánchez – Ya...

Sam – Y del tesoro que supuestamente escondía, tampoco sabe nada.

Sánchez – No.

Sam – Será mejor que nos mezclemos con los demás en la terraza. Si descubre algo interesante, venga enseguida a informarme, ¿entendido?

Sánchez – Entendido.

Sam – A partir de ahora es usted mi ayudante, Sánchez.

Salen. Entran el coronel Leroy y el abogado Petit.

Petit – Aquí no hay nadie.

Leroy – Pero el bufé sí está, como todos los años.

Petit – Estarán en la terraza.

Leroy – Aprovechemos para beber algo.

Petit – ¿Sangría?

Leroy – Venga.

Petit – Tampoco veo otra cosa.

Brindan y beben.

Leroy – La sangría de la señora Martin sigue siendo tan asquerosa como siempre.

Petit – Como todos los años.

Vuelven a beber.

Leroy – Me pregunto si ese maldito cura no sabrá algo.

Petit – ¿El padre Dessaint?

Leroy – Era confesor de la vieja, ¿no?

Petit – ¿Cree que ese hipócrita pretende adelantársenos?

Leroy – ¿Desde cuándo se puede confiar en un cura?

Petit – Y menos aún en uno expulsado de la Iglesia.

Leroy – ¿Por qué lo echaría el obispo? Él asegura que dimitió voluntariamente, pero no me lo creo.

Petit – Con la falta de sacerdotes que hay, si la Iglesia decide desprenderse de uno es que ha hecho algo gravísimo.

Leroy – Desde luego. No los echan por un simple caso de pederastia.

Petit – A lo mejor insistía en celebrar la misa en latín, o alguna barbaridad así.

Leroy – Usted fue su abogado, algo tendrá que saber.

Petit – Secreto profesional.

Leroy – ¡Vamos, hombre! ¡Conmigo no!

Petit – Yo era su abogado, no su confesor.

Leroy – Estoy seguro de que sabe dónde está escondido el botín. Ya le haré confesar, ya.

Petit – Sin pasarse. Ya tenemos la muerte de la vieja sobre la conciencia.

Leroy – Déjemelo a mí. Sé tratar psicológicamente a la gente. Y sin dejar marcas.

Petit – ¿Quién más podría saber algo del dinero?

Leroy – ¿El agente de seguros?

Petit – Lo dudo. Germaine tenía motivos de sobra para desconfiar de él.

Leroy – ¿Sabe por qué estuvo en la cárcel?

Petit – Cobraba las primas de sus clientes para asegurar sus bienes, pero se quedaba con todo el dinero.

Leroy – Una estrategia magnífica: cobrar por adelantado y luego no tener que hacer nada.

Petit – Lo descubrieron después de un incendio. El cliente fue a reclamar y se enteró de que jamás había estado asegurado.

Leroy – Vaya mala suerte.

Petit – Lo peor es que había prendido fuego a su propia casa, porque no conseguía venderla. Pensaba cobrar la indemnización.

Leroy – ¡Menudo imbécil! Pero usted conoce el asunto muy bien.

Petit – Sí... El imbécil era yo.

Leroy – Bueno, no tenemos mucho tiempo. Cuando esos dos idiotas se instalen aquí, será mucho más difícil registrar el piso.

Leroy abre cajones y empieza a rebuscar. Petit lo imita. Vuelven el señor Crampon y Dessaint.

Sr. Crampon – ¿Buscan algo?

Petit – Lo mismo que usted, probablemente.

Leroy – Usted era su agente de seguros. Haría un inventario de sus bienes, ¿no?

Sr. Crampon – Si tenía un tesoro, parece que decidió dejarlo fuera del inventario.

Leroy – ¿Y usted, padre? ¿No era su confesor?

Dessaint – Hijo mío, Germaine no me lo contaba todo. Y aunque me lo hubiera contado, estoy obligado por el secreto de confesión.

Sr. Crampon – ¡Mientras no nos deje fuera del reparto!

Petit y el señor Crampon también se ponen a buscar por todas partes.

Dessaint – Tened fe, hijos míos. ¿Acaso no dice la Biblia: «Buscad y hallaréis; pedid y se os dará; llamad y se os abrirá»?

Sr. Crampon – ¡Encima se está burlando de nosotros!

Leroy se acerca amenazante al sacerdote.

Leroy – ¿Seguro que no tiene nada que confesar, padre? Confiéseme todo y yo lo absolveré. Pero si prefiere hacerse el mártir, también sé dar la extremaunción.

Regresan Álex y Clara. Leroy suelta al sacerdote, al que había agarrado del cuello, y los demás dejan de registrar el salón.

Petit – Ah, queridos amigos. Íbamos precisamente a reunirnos con ustedes. Permitan que me presente: señor Petit, abogado.

Leroy – Y todos sus clientes acaban entre rejas.

Petit – Y aquí, el coronel Leroy.

Leroy – Encantado, vecinos.

Álex – ¿Han perdido algo?

Petit – Eh... Sí. El coronel no recuerda dónde ha dejado el móvil.

Clara – Pues llámele.

Petit – ¿A él? ¡Si lo tengo aquí al lado!

Clara – Llame a su móvil, para encontrarlo.

Petit – Ah, claro... Pero no sé si tengo su número.

Álex – ¡Pregúnteselo, que lo tiene al lado!

Petit – Desde luego... Ah, sí, lo tengo.

Marca un número. El móvil del coronel suena en su bolsillo.

Leroy – ¡Qué idiota! ¡Siempre lo busco por todas partes y lo llevo encima!

Petit – Bueno, pues ahora que nos conocemos...

Silencio incómodo.

Leroy – ¿Me acompaña a la terraza, padre? Quería consultarle una cuestión de conciencia.

Dessaint *(desconfiado)* – Si puedo iluminarle, hijo mío...

Salen.

Petit – Voy a poner un poco de música.

Enciende la música. Se oyen gritos. Petit sube el volumen.

Petit – Me encanta este pasaje. Es Chopin, ¿no?

Clara – Wagner.

Petit – ¡Eso! Lo tenía en la punta de la lengua. *(Ruidos de pelea.)* Voy a ver qué pasa. El coronel es algo temperamental. Cuando discute de teología con el padre Dessaint se enciende enseguida.

Sale. Clara baja la música.

Clara – Es increíble. Estoy segura de que conozco a ese cura de algo.

Álex – ¿Dónde ibas a conocer tú a un cura?

Clara – Hice la primera comunión, ¿sabes?

Álex – ¡Pero hace un momento me has dicho que eras judía!

Clara – ¡No he dicho que sea judía! Es... Es más complicado.

Entra Zarbi y se sirve sangría.

Clara – ¿Usted conoce bien al padre Dessaint?

Zarbi – Los sacerdotes casi nunca se someten a psicoanálisis. Una lástima, porque son los que más lo necesitan.

Clara – Tengo la sensación de conocerlo, pero no logro recordar en qué circunstancias pude encontrarme con él.

Zarbi – Hay recuerdos que preferimos mantener enterrados. Se llama represión.

Álex – Es curioso. Yo ni siquiera sabía que tenía una tía Germaine, pero cuando me enteré no me sorprendió tanto. Debí de oír hablar de ella cuando era niño.

Zarbi – Los secretos familiares son como los cadáveres arrojados al río con una piedra atada a los pies. Con el tiempo y la descomposición, siempre terminan saliendo a flote.

Álex – La tía Germaine...

Zarbi – Apartada de la familia por colaborar con los alemanes.

Silencio.

Clara – Cuando era adolescente todos se burlaban de mí porque ya tenía mucho pecho. No sé por qué se me viene eso a la cabeza ahora.

Zarbi – El padre Dessaint... Quizá ese nombre debería hacerle recordar algo.

Nuevo silencio. Clara parece turbada.

Clara – ¡Ya me acuerdo! La primera comunión... Las clases de catecismo... ¡Era él!

Álex – ¿Él?

Clara – Yo quería hacer la primera comunión como todas mis amigas, para no ser distinta. Estudié en un colegio católico.

Álex – Nunca me lo habías contado. ¡Siempre has defendido la enseñanza pública!

Zarbi – Tendrá que aceptarlo, querido. Las mujeres no lo cuentan todo. Ni siquiera su santa madre. Ella le ocultó la existencia de la tía germanófila.

Clara – El cura sabía que yo tenía ascendencia judía. Me dijo que podía hacer la vista gorda... siempre y cuando yo cerrara también los ojos.

Clara sale precipitadamente. Petit regresa y vuelve a subir la música.

Petit – ¡Me encanta este pasaje!

Vuelve la baronesa.

Baronesa – ¡Aquí no hay quien hable con ese ruido!

Zarbi – Al contrario, baronesa, ahora nos estamos entendiendo mucho mejor.

Petit – Ya se sabe que la música amansa a las fieras... y ahoga los gritos. Perdón, los malos modos.

También vuelve Leroy.

Leroy – Baronesa, mis respetos. ¿Me concede este baile?

Baronesa – Lo siento, coronel. En mi carné de baile no apunto a nadie por debajo de general. Salvo que sea muy joven.

Leroy – Y ser baronesa es el escalón más bajo de la nobleza, ¿verdad?

Baronesa – Además, salvo que se sea militar, nadie baila con música de Wagner.

Petit – Como nadie va a bailar, bajaré el volumen.

Baja la música.

Leroy – ¿Vamos a felicitar a la señora Martin por su sangría?

Zarbi – Tendría que darnos la receta.

Petit – Lleva años negándose a revelárnosla.

Leroy – No olvide, abogado, que he participado en una guerra. Sé cómo hacerla hablar.

Petit – ¡Qué hombre tan gracioso!

Petit y Leroy salen. Regresa Clara.

Álex – ¿Estás bien? Estás pálida.

Clara – Sí, sí. Me encuentro mejor. No debería, pero me encuentro mejor... Me he quitado un peso de encima.

Álex no parece comprender.

Zarbi – Creo que por fin ha conseguido matar al padre.

Zarbi sale.

Álex – Están todos enfermos.

Clara – Y empiezo a preguntarme si esto se contagia.

Álex *(distraído)* – ¿Ah, sí?

Clara – Creo que me he dejado llevar con Dessaint. Ha vuelto a intentar tocarme el pecho y lo he apartado de forma bastante violenta.

Álex – Lo que está claro es que hay un tesoro. ¿Has visto cómo estaban registrándolo todo?

Clara – Pues busquemos nosotros también.

Álex – ¿Por dónde empezamos?

Clara – Y que no se marche nadie sin que lo registremos antes.

Álex – Hace diez minutos queríamos regalarles los muebles para quitárnoslos de encima.

Clara – ¡De eso nada! *(Un poco histérica.)* ¡El tesoro es nuestro y vamos a encontrarlo!

Empiezan a buscar por todas partes. Entra la señora Sánchez. Al verla, dejan de hacerlo.

Álex – Ah, señora Sánchez...

Clara – Usted es la portera, ¿verdad?

Sánchez – Busco a una mujer. Sam. ¿No la han visto?

Clara – No.

Álex – Así que usted es la portera...

Sánchez – Ajá.

Clara – Entonces será usted quien reciba la propina de Navidad todos los años.

Álex – Espero que Germaine fuera generosa con usted.

Sánchez – Generosa, lo que se dice generosa... Yo limpiaba su piso todas las semanas. En treinta años no me dejó ni una propina.

Álex – Me temo que nosotros no podremos permitirnos contratarla para la limpieza.

Clara – Nosotros no tenemos ningún tesoro escondido, como Germaine.

Sánchez – No, generosa no era.

Álex – Pero todos los vecinos parecían adorarla.

Sánchez – Claro. A todos les hacía creer que no se olvidaría de ellos cuando redactara el testamento.

Álex – ¿Testamento? ¿Germaine hizo testamento?

Sánchez se sirve una copa de sangría.

Sánchez – Después de su muerte no apareció ningún testamento. Pero quién sabe, a lo mejor también acaba saliendo a la superficie. Disculpen, tengo que hablar con el comisario... Quiero decir, con esa puta.

Sánchez sale.

Álex – ¡Un testamento! ¿Te das cuenta? ¡Eso lo cambia todo!

Clara – ¿Por qué?

Álex – ¡Solo soy su sobrino nieto! Si heredo el piso es porque no apareció ningún testamento que nombrase a otra persona heredera.

Clara – Pero tú eres su única familia.

Álex – ¡Soy el heredero por defecto! Si dejó testamento, pudo legárselo a cualquiera. ¡A los vecinos, por ejemplo!

Clara – Entonces, si encontráramos ese papel...

Álex – Nos tocaría volver a nuestro pisito de las afueras.

Clara – Así que eso es lo que buscan: el testamento.

Álex – Y si existe, será mejor que lo encontremos nosotros antes que ellos.

Clara – No podemos echarlos ahora.

Álex – ¿Dónde demonios habrá escondido el maldito testamento?

Clara – Busquemos en su dormitorio.

Salen. Vuelve Sam, que continúa registrando la habitación. Sánchez aparece y la interrumpe.

Sánchez – ¡Comisario, la estaba buscando! Parece que el padre Dessaint también ha tenido un accidente doméstico... He visto su cuerpo aplastado abajo, en el patio.

Sam – Ese balcón es un peligro. Habrá que arreglar la barandilla, señora Sánchez. Se lo diré a la presidenta.

Sánchez – ¡Le digo que ha muerto una persona y solo se le ocurre hablar de la barandilla!

Sam – Tiene razón. Voy a echar un vistazo.

Salen. Vuelven Martin, Petit y Leroy.

Martin – Le falta tacto, coronel. Ya teníamos bastante con un cadáver.

Petit – Esto va a empezar a resultar sospechoso.

Leroy – ¡Que no he sido yo, lo juro! Solo lo zarandeé un poco. Luego lo dejé con la dueña de la casa.

Martin – En fin, hagan desaparecer el cuerpo. Métanlo por ahora en el sótano. Ya veremos después.

Leroy – Me encargo yo.

Petit – Un cura... Nadie notará su ausencia. Ya no va nadie a misa.

Leroy – Y menos a misa en latín.

Martin – ¡Pues venga, coronel! ¿A qué espera?

Leroy – Voy.

Leroy sale.

Petit – Y pensar que ese cura quizá era el único que sabía dónde está el testamento de Germaine.

Martin – ¿Está seguro siquiera de que existe?

Petit – Yo mismo le aconsejé que lo redactara. Me juró que ya lo había hecho.

Martin – Pero el notario no recibió ninguno.

Petit – Podría haber escrito un testamento ológrafo.

Martin – ¿Un qué?

Petit – Un testamento escrito a mano, en una simple hoja de papel. Puede guardarlo en cualquier parte de la casa y tiene validez legal. Siempre que lo encontremos, claro.

Martin – ¿Para qué sirve un testamento si lo escondes tan bien que nadie lo encuentra?

Petit – Quizá temía que cayera en malas manos.

Martin – El maldito papel tiene que estar en algún sitio.

Petit – Un testamento podría invalidar la herencia de ese sobrino lejano.

Martin – Siempre que la vieja loca nos haya nombrado herederos a nosotros.

Petit – Por cierto, ¿dónde se han metido esos dos idiotas?

Entra la señora Sánchez.

Petit – Usted limpiaba en casa de Germaine. ¿No sabe dónde guardaba los documentos importantes?

Sánchez – ¡Ser limpiadora no significa ir metiendo las narices en todas partes!

Llega Zarbi, seguida de Leroy.

Martin – ¿Y usted, señora Zarbi? ¿Se le ocurre algo?

Zarbi – Soy psicoanalista, no vidente.

Petit – Pero conoce los misterios de la mente humana.

Zarbi – ¿Han leído «La carta robada», de Edgar Allan Poe?

Martin – ¿Poe nos ha escrito una carta? ¿Es un vecino nuevo?

Zarbi – A veces, la mejor manera de esconder algo es dejarlo a la vista de todos, justo donde nadie piensa buscar.

Zarbi sale.

Leroy – Odio que hable como si fuera más lista que todos.

Martin – A la vista de todos... Puede tener razón. ¿Qué hay aquí más a la vista que cualquier otra cosa?

Todos miran alrededor sin reparar en el retrato que preside el salón, y se ponen a rebuscar. Entra la señora Crampon.

Sra. Crampon – Creo que he encontrado algo.

Los demás la observan. Ella levanta una peluca.

Martin – ¿Qué es eso?

Sra. Crampon – Una peluca.

Leroy – ¿Y qué?

Martin – ¿Va a decirnos que Germaine se disfrazaba de mujer?

Sánchez – Será un recuerdo.

Petit – ¿Un recuerdo?

Sánchez – Le debieron de rapar la cabeza después de la guerra, como castigo por colaborar con los ocupantes. Quizá se ponía esto.

Sánchez se coloca la peluca. Regresan Álex y Clara.

Álex – ¿Qué hacen con eso?

Martin – ¿Es que no podemos divertirnos un poco?

Leroy – ¡Eso! ¿Nos están vigilando o qué?

Clara – ¿Nosotros a ustedes?

Álex – ¡Estamos en nuestra casa!

Petit – De momento.

Clara – ¿Cómo que «de momento»?

Leroy – Saben perfectamente que no tienen derecho moral a estar aquí. Ni siquiera conocían a Germaine.

Álex – Puede ser, pero los lazos de sangre existen. Y la ley también. Les guste o no, el heredero de este piso soy yo.

Sánchez – ¡Ni siquiera vino al entierro!

Clara – ¡Y ustedes solo se acercaban a ella esperando que les dejara algo en el testamento!

Martin – Su tía detestaba a los progresistas. Jamás habría dejado su fortuna a gente como ustedes.

Álex – ¡Pues ya nos están tocando las narices!

Leroy – ¡No le falte al respeto a la señora Martin, jovencito! ¿Quiere acabar como su tía?

Álex – ¿Entonces es verdad? ¿Ustedes asesinaron a Germaine?

Petit – Coronel, controle sus nervios. Ya sabe que Germaine murió en un accidente.

Entra Bernard, seguida de Sam.

Clara – Creía que había sido un infarto. ¿No, doctora?

Bernard – Bueno... No sabemos exactamente qué ocurrió.

Álex – ¡Pero usted firmó el certificado de defunción!

Bernard – La medicina forense no es una ciencia exacta.

Clara – ¡Pero podrá distinguir un infarto de una caída desde la séptima planta o de un disparo por la espalda!

Álex – ¡O de una sobredosis de barbitúricos o de un estrangulamiento!

Sra. Crampon – En realidad, fue un poco todo a la vez.

Silencio sepulcral.

Sánchez *(a Sam, aparte)* – ¿A qué espera para detenerlos?

Sam – A tener pruebas. Déjeme hacer mi trabajo.

Sam sale, seguida de Sánchez.

Petit – Creo que la señora Crampon ha abusado de la excelente sangría. Su marido debería llevársela a tomar el aire.

Sr. Crampon – Anda, cariño, vamos.

Sra. Crampon – ¡Todavía puedo tenerme de pie!

El señor Crampon se lleva a su mujer. Vuelve Zarbi y se sirve más sangría.

Petit – Creo que todos hemos bebido demasiado de este maravilloso brebaje de la señora Martin.

Bernard – Por cierto, todavía tiene que darnos la receta.

Zarbi – El secreto de una buena sangría, como el de una buena reunión de familia, es dejar que todo macere en su propio jugo durante un buen rato.

Se marcha tambaleándose, claramente borracha.

Petit – En fin, vamos a calmarnos. Hemos venido a celebrar la fiesta de los vecinos y a honrar la memoria de nuestra querida difunta.

Martin – Sí, muy querida... ¡Y bien cara que nos ha salido!

Bernard – Y dígame, Álex, ¿a qué se dedica?

Álex – Trabajo en una editorial. Soy responsable de una colección de guías de viaje.

Martin – ¡Guías de viaje! Qué apasionante.

Petit – Entonces habrá viajado usted mucho.

Álex – También se pueden escribir novelas policíacas sin ser policía ni delincuente.

Clara – Hoy en día hasta se pueden escribir novelas sin ser novelista.

Bernard – ¿Y usted, Clara?

Clara – Soy profesora de inglés.

Martin *(distraída)* – Qué bien.

Bernard – Supongo que para enseñar inglés al menos habrá que saber hablarlo.

Clara – Sí, aunque faltan tantos profesores que pronto dejará de ser obligatorio.

Martin – Como los médicos. ¡Ya no queda ninguno! Tenemos que traerlos del extranjero. ¡El mío es negro, fíjense!

Petit – ¡No me diga!

Bernard – Lo mismo pasa con los curas. Con tan pocas vocaciones, dentro de poco no hará falta ni creer en Dios para celebrar misa.

Petit – ¡Ni ser católico! Dicen que van a convertir todas las iglesias en sinagogas.

Bernard – ¿No eran mezquitas?

Petit – Da igual, viene a ser lo mismo.

Vuelve el señor Crampon.

Sr. Crampon – ¿Un poco más de sangría?

Martin – Venga.

El ambiente es cada vez más pesado.

Álex – No, gracias.

Clara – Yo tampoco. Creo que ya he bebido bastante.

Álex – Además, se está haciendo tarde.

Martin – ¡Un último vaso! Para el camino.

Sr. Crampon – ¡No podemos despedirnos ya, si acabamos de conocernos!

Martin sirve a Álex y Clara, que se obligan a beber un poco más.

Bernard – Está buena, ¿verdad?

Clara – Sí... Creo que voy a vomitar.

Álex – Te acompaño.

Se disponen a salir apresuradamente.

Martin – ¿Saben dónde está el baño?

Bernard – Al fondo del pasillo, enfrente.

Álex y Clara salen.

Petit – ¡Está asquerosa! ¿Qué demonios le ha echado?

Sr. Crampon – ¿No intentará envenenarnos también a nosotros para quedarse con toda la herencia?

Bernard – ¡Pero qué cosas dice! Ya saben que lo de Germaine fue un desafortunado accidente.

Petit – A lo sumo, un homicidio imprudente, según la ley.

Martin – Podríamos decir que fue un accidente doméstico seguido de un error médico.

Sr. Crampon – De todos modos, si no aparece el testamento, no veremos un céntimo.

Martin – La vieja nos ha tomado bien el pelo.

Bernard – ¿Seguro que hizo testamento?

Vuelve Sánchez.

Sánchez – Hemos buscado por todas partes.

Petit – ¿Y si esos dos lo han encontrado antes?

Bernard – ¿Ellos?

Petit – ¡Esos dos fisgones de mierda!

Martin – ¿Y lo han hecho desaparecer?

Bernard – Les convendría, desde luego.

Leroy – Podríamos interrogarlos.

Bernard – Pero sin violencia innecesaria.

Leroy – Esperaremos a que vuelvan.

Martin – Aquí ya hemos buscado por todos lados.

Sr. Crampon – Mientras están en el baño, podemos registrar el resto del piso.

Martin – ¿Lo ven? Mi sangría también tiene sus ventajas.

Salen. Regresan Álex y Clara.

Álex – ¿Se habrán marchado?

Clara – Lo dudo. No se irán sin encontrar el testamento.

Álex – ¿Dónde habrá escondido ese papel la vieja?

Clara – ¿En una caja fuerte?

Álex – En las películas siempre hay cajas fuertes detrás de los cuadros.

Descuelgan el retrato entre los dos.

Álex – ¡Joder, cómo pesa!

Lo apoyan contra un mueble.

Clara – No hay caja fuerte.

Álex descubre algo en la parte posterior.

Álex – Pero mira esto...

Dan la vuelta al cuadro. Hay un texto escrito en el reverso del lienzo.

Clara – El testamento de Germaine...

Asustados, vuelven a girar el cuadro para no ver lo que pone.

Álex – Da un poco de miedo.

Clara – Parece un mensaje de ultratumba.

Álex – ¿Qué hacemos?

Clara – Podríamos fingir que no lo hemos visto.

Álex – O destruirlo. Así nadie sabría que existió.

Clara – Espera. Igual te deja el piso a ti. Tú no sabías nada de ella, pero ella sí sabía que tenía un sobrino nieto.

Álex – Ojalá. Pero no me haría ilusiones.

Clara – Antes de destruirlo, lo lógico sería leerlo.

Álex – Así nos ahorraríamos un dilema de conciencia bastante incómodo.

Clara – Y podríamos quedarnos con este precioso piso sin traicionar los últimos deseos de una vieja antisemita.

Álex – Siempre habrá tiempo de negociar con mi conciencia si me priva de mi legítima herencia.

Clara – Una herencia amasada robándoles el piso a mis antepasados judíos después de denunciarlos para que los deportaran.

Álex – Precisamente. Si nos lo quedamos tú y yo, al menos parte de lo robado vuelve a tu familia.

Clara – Ya veo. Sería un acto de justicia... Una reparación histórica.

Álex – Una interpretación algo interesada, pero tiene sentido.

Clara – Y es que el piso es precioso...

Álex – Vale. Yo leo el testamento. Tú procura entretenerlos allí un rato.

Clara sale hacia el pasillo. Álex vuelve a girar el cuadro y lee su reverso.

Álex – ¡Será hija de puta!

Vuelve a colocar el cuadro. Regresa Clara con el señor Crampon.

Sr. Crampon *(insistente)* – Así que vamos a ser vecinos...

Clara – Sí... Bueno, puede. Por cierto, me he cruzado con Sam y creo que quería hablar con usted a solas.

Sr. Crampon – ¿A solas?

Clara – No quiero meterme donde no me llaman, pero creo que le ha causado una gran impresión. Está en la terraza.

Sr. Crampon – Voy ahora mismo.

Sale.

Clara – ¿Y bien?

Álex – A los vecinos solo les deja los muebles y los cachivaches.

Clara – ¿Y el piso?

Álex – Se lo deja a unas asociaciones.

Clara – Una forma de lavarse la conciencia antes de morir, después de lo que hizo durante la guerra al lado de Pétain.

Álex *(incómodo)* – Sí, bueno...

Clara – ¿Qué asociaciones?

Álex – Tengo que releerlo. Solo me dio tiempo a echar una ojeada.

Clara – No podemos seguir esperando. Hay que decidir qué hacer.

Álex – ¿Qué hacemos, entonces?

Álex vacila.

Clara – Son los últimos deseos de Germaine.

Álex – Además, no sería fácil hacer desaparecer un cuadro tan grande.

Clara – Y si algún día alguien mira por detrás...

Álex – ¿Nos rendimos? ¿Les decimos que hemos encontrado el testamento?

Clara – ¿De verdad te imaginas viviendo aquí, con esos vecinos psicópatas que quizá mataron a tu tía después de torturarla para averiguar dónde estaba el tesoro?

Álex – Los próximos podríamos ser nosotros.

Se quedan callados unos instantes.

Clara – Además, tampoco es un piso tan maravilloso.

Álex – No exageres. Que suene creíble.

Clara – ¡Joder! Un piso en pleno París con vistas a la torre Eiffel.

Álex – También tendríamos que pagar un dineral en impuestos.

Clara – Tienes razón. Mejor renunciar.

Álex – Vayamos a ver la torre Eiffel una última vez.

Clara – Solo nos haremos daño.

Álex – Aún estamos a tiempo de cambiar de opinión.

Salen. Vuelve Martin con todos los vecinos, excepto Sam y la baronesa.

Martin – Nada.

Sr. Crampon – La muy zorra se ha reído bien de nosotros.

Bernard – Habrá que resignarse. Después de tantos años de sacrificios por esa ingrata, nos quedaremos sin recompensa.

Leroy – Vamos, que nos cargamos a la vieja para nada.

Regresan Álex y Clara.

Petit – No me digan que ustedes tampoco han encontrado nada.

Álex – Bueno, es que...

Para sorpresa de Álex, Clara se hace la inocente.

Clara – ¿Encontrado qué?

Pero el cuadro, mal colgado, se cae. Todos ven el texto escrito en el reverso.

Petit – ¡El testamento de Germaine!

Bernard – ¡Alabado sea Dios!

Sr. Crampon – Ya ven. Nunca hay que perder la fe en la humanidad.

Martin – ¿Escrito detrás de un cuadro?

Sra. Crampon – ¿Eso es legal?

Petit – La ley exige que sea manuscrito, pero no especifica en qué superficie. Una vez se reconoció como válido uno escrito con sangre en el lateral de una lavadora.

Sánchez – Bueno, ¿y qué dice?

Petit – Voy a leerlo.

Se pone las gafas y carraspea. Álex y Clara intercambian una mirada resignada.

Petit – «Este es mi último testamento, escrito de mi puño y letra, que deja sin efecto cualquier otro anterior».

Martin – Bueno, ¿podemos saltarnos los preliminares?

Petit – «Lego mi apartamento de París, por partes iguales, a la Liga contra el Racismo y el Antisemitismo y a la Asociación para la Rehabilitación de la Memoria del mariscal Pétain».

Zarbi – Eso sí que es repartir la herencia entre dos extremos.

Sr. Crampon – Como tengan que compartir el piso, menuda convivencia les espera.

Decepción general.

Bernard – ¿Eso es todo?

Petit – «El cuadro pasa a ser propiedad de la comunidad, representada por la señora Martin, y deberá colgarse en el vestíbulo para disfrute de todos».

Martin – Maravilloso...

Petit – Después viene una lista interminable de todos los objetos sin valor del piso, hasta la última cucharilla, que se repartirán entre cada uno de nosotros. El jarrón chino se lega en copropiedad a la baronesa y a la portera.

Clara – Al final tenía sentido del humor, la tía Germaine.

Martin contempla el retrato.

Ángela – «Para disfrute de todos»... ¡Esta porquería! Encima se ríe de nosotros, la vieja bruja.

Álex – Un poco de respeto, que están hablando de mi tía.

Petit – Que, según este testamento, acaba de desheredarlo.

Sra. Crampon – ¡Menuda zorra!

Sánchez – ¡No vamos a colgar esa cosa en el vestíbulo!

Martin – Bueno, podría servir para espantar a los ladrones.

Sr. Crampon – En fin, aquí ya no se nos ha perdido nada.

Álex – ¿Y qué hacemos con el testamento?

Bernard – Lo que les dé la gana. Nosotros no heredamos nada de valor, se haga lo que se haga.

Sra. Crampon – Solo esta montaña de cachivaches.

Sr. Crampon – Quemen el testamento. Así el piso volverá a ser suyo por derecho.

Bernard – Al fin y al cabo, para nosotros da igual quién viva aquí.

Martin – Ya son casi de la familia.

Petit – Sí, volveremos a vernos a menudo.

Todos se disponen a salir.

Sra. Crampon – Gracias por esta velada tan encantadora.

Martin – Y una vez más, nuestro más sentido pésame.

Salen uno tras otro, estrechando la mano o besando a Álex y Clara con expresión solemne, como si estuvieran en un funeral. Cuando sale el último, ambos suspiran.

Álex – Hemos vuelto al punto de partida.

Clara – No del todo. Aún tenemos que decidir qué hacer con el testamento.

Álex – Ya es tarde para hacerlo desaparecer. Hay demasiados testigos. Nos tendrían cogidos por los huevos.

Clara – ¿Entonces?

Álex – No sé.

Clara – Lo que tengo claro es que ya no quiero pasar aquí la noche.

Álex – Yo tampoco. ¿Y qué hacemos con el cuadro? Quiero decir, con el testamento.

Clara – No podemos llevárnoslo. Pesa una barbaridad.

Álex – Volvamos al piso de siempre. Mañana decidiremos.

Clara – Volvamos a nuestro pequeño piso de las afueras. No tiene vistas a la torre Eiffel, pero al menos allí estamos tranquilos.

Álex – Era demasiado bonito para ser verdad.

Clara – Siempre puedes convertir todo esto en una novela.

Álex – O una obra de teatro.

Clara – Si triunfa, con tus derechos de autor podremos comprarnos un piso como este.

Álex vuelve a colgar el retrato y lo contempla por última vez.

Álex – Tenías razón. Era el mariscal Pétain.

Clara – Cuando aún era teniente...

Álex – ¿Activo la alarma al salir?

Clara – Para lo que queda aquí que puedan robar...

Álex – La activo de todas formas.

Salen.

Oscuro.

En la oscuridad aparece el haz de una linterna, que recorre el salón. Luego aparece otro. Los dos haces se cruzan. Alguien acciona el interruptor y se enciende la luz. Vemos a dos personas disfrazadas de Papá Noel.

Sam – ¡Vaya! ¡Competencia!

Baronesa – ¿Qué hacemos ahora?

Sam – No vamos a llamar a la policía, desde luego.

Se quitan las barbas. Son Sam y la baronesa.

Baronesa – Deduzco que usted no es policía de verdad.

Sam – Como usted tampoco es baronesa de verdad.

Baronesa – En realidad somos del mismo tipo.

Sam – ¿De qué tipo?

Baronesa – De los que cambian de identidad más veces que de ropa interior.

Sam – Pero ¿quién le ha dicho que yo era policía? Quiero decir, que fingía serlo.

Baronesa – Si quiere guardar un secreto, no se lo cuente a una portera. *(Mira los dos disfraces.)* Qué curioso que hayamos tenido la misma idea.

Sam – En estas fechas, nadie se fija en Papá Noel. Sobre todo de noche.

Baronesa – Además, inspira confianza.

Sam – Supongo que usted tampoco ha venido a dejar regalos bajo el árbol.

Baronesa – No. ¿Lo repartimos?

Sam – Si es que hay algo que repartir.

Registran el salón.

Baronesa – El botín parece bastante pobre.

Sam – Tenía información de primera. Usted también, supongo.

Baronesa – Decían que la vieja escondía dinero en casa. Al parecer, solo era un rumor.

Sam – ¿Y una caja fuerte?

Miran detrás del retrato.

Baronesa – Nada detrás.

Sam – ¿Y el cuadro?

Lo examinan.

Baronesa – Una porquería.

Sam – Tanto esfuerzo para nada.

Baronesa – Y yo que esperaba recuperar algo de mi antigua grandeza.

Sam – Y yo, irme a una playa tropical a no dar golpe.

Baronesa – En fin, Papá Noel no existe.

Sam – Vámonos.

Baronesa – Me quedaré un momento. Mejor que no salgamos juntas.

Sam – Tiene razón. Dos Papás Noel juntos llaman demasiado la atención.

Baronesa – Y uno se pregunta cuál es el auténtico.

Sam sale. La baronesa espera a que se aleje y araña el marco con una uña. Sam, que sospecha algo, regresa y la sorprende.

Sam – Ahora que lo pienso, a mí también me ha llamado la atención. Este marco pesa muchísimo, ¿no?

Baronesa – Es oro macizo.

Sam – ¿Lo sabía?

Baronesa – A veces tomaba el té con Germaine. Un día le eché una pastilla en su Earl Grey. Con éxtasis encima era encantadora.

Las dos contemplan el cuadro.

Sam – Un buen regalo de Navidad.

Baronesa – Incluso repartido entre las dos...

Sam – Y entre las dos apenas podremos llevárnoslo.

Baronesa – Al final tendremos que darle las gracias a la tía Germaine.

Sam – Y ahora vamos a demostrar que el refrán se equivoca.

Baronesa – ¿Qué refrán?

Sam – Ya sabe lo que dicen: «Lo que mal se gana, mal se pierde».

Baronesa – Bah, yo no soy supersticiosa.

Descuelgan el retrato. Salta la alarma con un estruendo. Se miran, horrorizadas.

Sam – ¡Qué hija de puta era!

Oscuro.

Fin.

El autor

Nacido en 1955 en Auvers-sur-Oise, Jean-Pierre Martinez sube primero a las tablas como baterista en varias bandas de rock, antes de convertirse en semiólogo publicitario. Luego fue guionista de televisión y volvió al escenario como dramaturgo. Escribió un centenar de guiones para la pequeña pantalla y más de cien comedias para el teatro, algunas de las cuales ya son clásicas (*Viernes 13* o *Strip Poker*). Actualmente es uno de los autores contemporáneos más representados en Francia y en los países francófonos. Por otra parte, varias de sus piezas, traducidas al español y al inglés, están regularmente en cartelera en Estados Unidos y América Latina.

Para los aficionados o los profesionales que buscan un texto para montar, Jean-Pierre Martinez ha optado por ofrecer sus piezas como descarga gratuita desde sus sitios web :

https://jeanpierremartinez.net/

https://comediatheque.net/

Sin embargo, los derechos de representación, que constituyen una remuneración justa por el trabajo del autor, son una obligación legal. Tanto si se trata de una compañía amateur como profesional, debe solicitar autorización para representar la obra y abonar los derechos correspondientes a la producción.

Jean-Pierre Martinez está representado por la Sociedad de Autores y Compositores Dramáticos (SACD).

Para ponerse en contacto con Jean-Pierre Martinez y solicitar autorización para representar una de sus obras, utilice el formulario de contacto disponible en sus sitios web.

Tras comenzar su trayectoria como baterista, Jean-Pierre Martinez ha regresado recientemente a la música, creando canciones originales inspiradas en sus poemas y sus obras de teatro.

Con Jean-Pierre Martinez Music, prolonga ese universo en forma de canciones originales: relatos breves, humorísticos o melancólicos, en los que la canción se convierte a veces en una pequeña escena teatral.

https://jeanpierremartinezmusic.com/

Comedias de Jean-Pierre Martinez traducidas en español

Monólogos
Como un pez en el aire
Happy Dogs
Relatos

Comedias para 2
Arrepentimiento
Cara o Cruz
Cuidado frágil
El Batín
El Joker
El Último Cartucho
Ella y Él, Monólogo Interactivo
Encuentro en el andén
EuroStar
La Cuerda
La ventana de enfrente
Los Náufragos del Costa Mucho
Ni siquiera muerto
Nochevieja en la morgue
Preliminares
Réquiem por un Stradivarius
Ruleta rusa en el Kremlin
Un sueño de casa
Una vocación frustrada
Zona de Turbulencias

Comedias para 3
13 y Martes
Cartas sobre la mesa
Cosas del Azar
Crash Zone
Cuidado frágil
El Contrato
Horizontes
Ménage à 3
Plagio
Por debajo de la mesa
Un breve instante de eternidad
Un pequeño asesinato sin consecuencias
Un pequeño paso para una mujer…

Comedias para 4
Amores a Ciegas
Apenas un instante antes del fin del mundo
Cama y Desayuno
Crisis y Castigo
Cuarentena
Cuatro Estrellas
Déjà vu
Denominación de Origen no Controlada
Despedida de casados
Después de nosotros el diluvio
El Contrato
El cuco
El olor del dinero
El yerno ideal
Foto de Familia
Gay friendly
Happy Hour
¿Hay algún autor en la sala?
¿Hay algún crítico en la sala?
La Pecera
Las Pirámides
Los Suegros Ideales
Los Turistas
Nuestros peores amigos
Regreso a la escena
Resaca
Strip Póker
Un Ataúd para Dos
Un esqueleto en el armario
Un Matrimonio de cada dos
Una Noche infernal

Comedias para 5 o 6
Atasco en el Camino del Cementerio
Bien está lo que mal empieza
Patis y Castigo
El Rey de los Idiotas
El Sorteo del Presidente
Érase una vez en la web
Flagrante delirio
Los Náufragos de Nochevieja
Los Rebeldes
Nochebuena en la comisaría
Pronóstico Reservado
Sin flores ni coronas
Un bulevar sin salida

Comedias para 7 o más
A corazón abierto
Bar Manolo
Batas blancas y humor negro
¡Bienvenidos a bordo!
Como una película de Navidad…
Crisis y Castigo
Dedicatoria especial
El pueblo más bonito de Francia
El infierno son los vecinos
El peor pueblo de España
El reverso del escenario
El Sorteo del Presidente
Error de la funeraria a tu favor
Frutas y verduras
Fuera de juego
Jaque Mate
La función no está cancelada
Los Flamencos
Había una vez un barco chiquitito
Milagro en el Convento de Santa María-Juana
Nicotina
Nochebuena en la comisaría
No siempre la música amansas a las fieras
Prehistorias grotescas
Reality Show
Un pueblo tan bonito

Comedias de sainetes (sketches)
A corazón abierto
A ratos
Albán y Eva
Apocalipsis
Asesinos de bromas
Aviso de paso
Breves de confinamiento
Breves de escena
Breves de parque
Breves del Tiempo Perdido
De Animales y Hombres
De verdad y de broma
¡Demasiado es demasiado!
Dramedias
Ella y Él, Monólogo Interactivo
En blanco
Entre Bastidores
Escenas callejeras
Historias insólitas
La Barra
Memorias de una maleta
Muertos de la Risa
Sin Sentido Prohibido
¡Tranquilo!

Todas las obras de Jean-Pierre Martinez pueden descargarse gratuitamente desde sus sitios web:

https://jeanpierremartinez.net/

https://comediatheque.net/

Este texto está protegido por las leyes relativas a los derechos de propiedad intelectual.
Toda falsificación es punible con condena de
hasta 300.000 euros y tres años de prisión.

Aviñón – Noviembre 2023

ISBN 978-2-38602-074-2

© La Comédiathèque

Obra descargable gratuitamente.